

## Opinión

## Colombia: el egoísmo del huérfano del poder

Hay una envidia que tengo como país. No es menor ni superficial: son celos de una imagen que no logro recordar en nuestra historia reciente. Una escena que condensa en un solo encuadre lo que una nación es capaz de ser cuando decide estar a la altura de sí misma. Me refiero a esos momentos en Estados Unidos en los que el presidente habla con todos los expresidentes detrás, no diferentemente, sino como respaldo. Diferentes, enfrentados, incluso irreconciliables en ideas, pero unidos en lo esencial: el bien superior de la nación. Almas e inteligencias centradas en lo que importa.

Vi esa escena en carne propia. Estaba en el país del norte durante el ataque a las Torres Gemelas, un 11 de septiembre que partió el tiempo en dos. Algunos dirán que extrapolo—que es una estrategia útil, aunque a veces manipuladora—, pero no es el caso. También recuerdo cubrir, ya en Colombia, el inicio de algo que parecía sacado de un libro de historia: la llegada de una pandemia. Al principio era una amenaza abstracta; luego, una presencia

implacable. Tomaba vidas sin tregua, alteraba nuestras lógicas más básicas, desordenaba los equilibrios invisibles que sostienen lo cotidiano.

En medio de esa fragilidad, observé una escena que puse a la que admiro. Vi al presidente de la República, Iván Duque, recibir cuestionamientos no solidarios—y además en pódium—de la alcaldesa de Bogotá, Claudia López. No soy partidaria de ninguno. En ambos veo aciertos y errores. Pero las crisis no son el lugar para saldar cuentas ni para ensayar protagonismos. Son, o deberían ser, el momento de la grandeza.

Por eso no me parece decente—y “decente”, junto con “bueno”, es quizás la primera palabra de la nobleza humana—el egoísmo del poder. Menos aún el de quienes, habiéndolo tenido, actúan como huérfanos de su propia responsabilidad. Recuerdo entonces a Belisario Betancur, bohemio y poeta, decir entre risas que no



Conversatio  
Martha Ortiz

se atrevía a afirmar que había sido el mejor presidente, pero que sí podía asegurar, con certeza, que era el mejor expresidente. En esa frase hay una ética que hoy parece escasa: saber retirarse de todo, comprender que el deber con el país no caduca con el cargo.

La política contemporánea ofrece, además, otra escena inquietante: precandidatos que reaparecen cada cuatro años sin opciones reales. ¿Cuál es el miedo? ¿Desaparecer? Pareciera que la candidatura fuera su única forma de existir. Mientras tanto, liderazgos nuevos esperan su momento con la ilusión de un relevo que muchas veces se enfría antes de nacer. En ese contexto, celebro las coaliciones: imperfectas, tensas, frágiles, pero necesarias. Son ejercicios de generosidad y de complejidad que no abundan. Cada día son sometidas a quienes, con cálculo maquiavélico, intentan romperlas. Y, sin embargo, persisten.

Esa resistencia es, en sí misma, una forma de esperanza.

El mundo corporativo no es distinto. Hace años escuché a unos consultores explicar a una junta directiva la naturaleza de sus líderes con una metáfora precisa: el ciprés. Un árbol esbelto, elegante, pero cuya sombra se expande de tal manera que impide que el sol brille y crezca cualquier otra cosa a su alrededor.

Las coyunturas de poder son eso: instantes. Aferrarse a ellas, o peor aún, construir dependencias emocionales, sociales o financieras a su alrededor, suele revelar vacíos más que fortalezas. El tiempo, implacable, termina por ordenar lo que los hombres confunden.

Por eso la libertad es un lujo. Es lo que protege la conciencia cuando el entorno presiona en sentido contrario. Ser libre tiene cosas a veces altas, a veces definitivas—, pero también es la única manera de no perderse en el ruido del poder. Porque al final, lo que permanece no es quién tuvo la voz más fuerte, sino quién supo estar a la altura cuando todo lo demás temblaba.

@MORTEDITOR

100 años de la premier

Martha Semm

## ‘María’, en el Museo de la Cinematografía de Cali

A pesar de las dificultades para conseguir financiación estatal, lo que sucede en todos los ámbitos de la Administración en Colombia, sin embargo, Cali se compromete con los sueños y los logros de su cine. Así es en el campo cultural. Hay un Museo de la Cinematografía denominado Calwood. Su promotor, Hugo Suárez Fiat, no solo sostiene sus esfuerzos con relatos sino con hechos, y al visitar esta institución nos va contando paso a paso anécdotas fantásticas que merecen ser conocidas. Así es con los 100 años de la premier del largometraje ‘María’ en enero de 2026, celebrado en este museo como una ópera prima nacional. Nos cuenta que al atardecer del viernes 17 de noviembre 1922, en un teatro con cupo para 1.500 personas, sitio donde posteriormente se construiría el Teatro Jorge Isaacs, se presentaría el primer largometraje de esta exitosa novela del mismo nombre, escrita al parecer por Jorge Isaacs, aunque en investigación académica reciente del abogado Ramiro Martínez, miembro de la Academia de Historia, se pone en duda esta autoría, con documentos originales que así lo prueban, para afirmar que el autor verdadero es el hermano, quien por su timidez permaneció silencioso al respecto.

En la época del cine mudo, agrega Suárez Fiat, la materialización del proyecto que dio origen a la película obedeció a la iniciativa de un fratre de la orden franciscana, Antonio José Posada Jaramillo. Este “hombre de Dios en la Tierra” tuvo que pedir una licencia a la curia para llevar a cabo su obsesión de ver a ‘María’ plasmada en la pantalla grande, y lo logró. Luego, el fratre retornó a “los rediles del Señor” y, por sus contribuciones espirituales, le fue erigido un busto que lo recordará por siempre, en el municipio de Bugagrande, en el Valle del Cauca.

De la filmación de este largometraje, que se realizó entre abril y octubre de 1922 en la hacienda El Paraíso y en algunas casas de Buga, Cali y el puerto de Buenaventura, se programó una función privada para que los accionistas y personalidades de la ciudad sugirieran correcciones, supresiones o agregados. Se dice que la película duraba

unas tres horas y que empezaba “flotando el pabellón colombiano y poco a poco aparecía en el centro de él el retrato de Jorge Isaacs”. La función se realizó en seis partes, pues el equipo se activaba manualmente y el proyectorista debía densar varias veces para mantener en la misma velocidad en la emisión. Se hicieron tres copias de ‘María’ que fueron exhibidas en Colombia, de las cuales ni una sola sobrevive. Se cometió un crimen de lesa patrimonio filológico porque los rollos de la película, que generaban malos olores y se guardaban debajo de la cama del director de cine y camarógrafo Máximo Calvo Olmedo, fueron incinerados en su residencia del barrio Granada de Cali, y se perdieron irremediablemente.

A raíz de la filmación se presentó la primera controversia sobre derechos de autor en el mundo cinematográfico cuando Jorge Isaacs junior presentó una demanda por el uso de la novela de su padre sin su autorización. En 2021, durante la pandemia, el Museo Calwood logró adquirir un proyector de cine marca Nicholas Powers fabricado en 1913, modelo similar al que se presume funcionó en el Teatro Salón Moderno donde se inauguró el film.

Y para concluir su fascinante recorrido por el Museo caleño, su director recordó que en 2022 se hizo ya una inauguración muy sonada para celebrar el centenario de este hecho histórico de contribución al cine mudo en Colombia, de la cual quedó un proyecto de ópera sin finalizar a causa de la muerte del compositor Jaime León, titulada ‘Efrain, el inmortal amante amado’.

## EN CARICATURAS

Las vacaciones de Roa



## Mi viejo San Juan

Como tantas otras veces en la historia legendaria del Hospital San Juan de Dios de Bogotá, su suerte está de nuevo en discusión. Conociendo su pasado, causa admiración que no haya desaparecido luego de las muchas vicisitudes que ha tenido que soportar a lo largo de sus 462 años de vida.

Fue fray Juan de los Barrios quien, en 1564, fundó y sostuvo en Santafé de Bogotá, de su propio peculio, una casa-hospital adonde a la Catedral, y que denominó “Hospital San Pedro”, de cuyo manejo se encomendó a la Orden de San Juan de Dios por mandato de Felipe III.

Más tarde, para reemplazarlo, el fratre bogotano Pedro Pablo de Villamor construyó un nuevo hospital que se llamó inicialmente de “Jesús, María y José” y luego de “San Juan de Dios”. Fue el mismo nosocomio que en el transcurso de varios siglos funcionara vecino a la iglesia del mismo nombre, situada en la calle 12, en el centro de Bogotá. En 1929 fue trasladado finalmente a la calle primera, en los predios conocidos como de La Hortija, lo cual le valió que el común de las gentes así lo identificara. El Instituto Materno Infantil, construido al lado del San Juan, entró a formar parte del complejo hospitalario.

Desde un principio fue el reneque de los enfermos menesterosos. Su trascuro también fue menesteroso. Explicable que el profesor Edmundo Rico lo llamara alguna vez “emporio de miseria”. Su administración pasó por distintas manos: en sus inicios, por la comunidad de los Hermanos de San Juan de Dios; luego, por la Be-



Hospital sin dolientes

Fernando Sánchez Torres

neficiencia de Cundinamarca; más tarde, intervenido, por el Ministerio de Salud y, finalmente, por la Universidad Nacional. Nunca superó la condición de menesteroso.

Durante el gobierno del presidente Turbay Ayala estuvo manejado por la Fundación San Juan de Dios, ente jurídico conformado por una junta directiva de élite: el ministro de Salud, el arzobispo de Bogotá, el gerente de la Beneficencia de Cundinamarca y por un síndico, como representante legal. No obstante quedar al cuidado de tan altos funcionarios, el hospital siguió en crisis, en ruina declarada, a tal punto que en el año 1999 hubo de clausurarse. El Instituto Materno Infantil siguió funcionando, pero a media marcha, administrado por el Hospital de La Victoria.

En el 2002, mediante la Ley 735, el San Juan y el Materno fueron declarados monumentos nacionales, estipulando que el Gobierno Nacional debía destinar recursos para las obras de remodelación, restauración y conservación, es decir, que los gastos correrían por cuenta del Distrito y la Nación.

A pesar de haber sido mane-

jado por tantas y tan variadas instituciones, a la hora de la verdad el San Juan no tuvo dolientes. Siempre rondó la duda acerca de su verdadero dueño: ¿la Nación? ¿el Departamento? ¿el Distrito? ¿la Beneficencia de Cundinamarca? ¿la Universidad Nacional? En el 2014, durante la alcaldía de Gustavo Petro, se despejó la duda: el Distrito lo adoptó al comprar las 14 hectáreas y los 24 edificios que constituyen el complejo hospitalario, quedando adscrito al Ministerio de Salud.

Finalmente, en enero del presente año, el Gobierno Nacional y el Distrito firmaron un convenio para convertirlo en un “campus de salud de carácter estratégico para la ciudad y el país”. Es de suponer que dejará de ser el tradicional hospital para menesterosos, pues los pacientes de caridad o beneficencia pasaron a la historia. Con la promulgación de la Ley Estatutaria 1751 de 2015, el derecho a la salud quedó amparado constitucionalmente.

Según se anuncia, en uno de los edificios del nuevo San Juan funcionará un “Centro de Innovación y Pensamiento para el Envejecimiento y la Vejez”, nombre rimbombante que se presta para pensar que la salud veletudinaria será objeto de especulación científica para entenderla mejor y propiciar un final de la vida menos pesados. Eso está bien, pues la población anciana es cada día más numerosa, llegando a constituirse en un problema de salud pública.

Al viejo San Juan lo recuerdo con afecto y gratitud, pues allí me formé profesionalmente, atendí enfermos, dicté cátedra y fui su director.



Se hicieron tres copias de ‘María’ que fueron exhibidas en Colombia, de las cuales ni una sola sobrevive. Los rollos de la película fueron incinerados.